

Albalucía Ángel: «Mi andaregueo por el planeta». Entrevista con “alas”

Juan Carlos Rodríguez Argáez

Universidad de los Andes, Colombia jc.rodriguez557@uniandes.edu.co

*Entre las ruinas pienso
Que nunca será polvo
Quien vio su vuelo
O escuchó su canto.*

Giovanni Quessep

1) Albalucía, en «El peregrino Luis Fayad» Roberto Burgos Cantor señala que hubo un tiempo en la literatura colombiana en el que el peregrinaje fue casi un requisito para todo aquel que aspirara a ser escritor. Se trataba, digamos, de un viaje iniciático, de un rito de paso; de una prueba en el camino de formación. Así lo dirá Burgos Cantor: «[d]urante un tiempo la fuga a Europa fue un capítulo, fundamental por su ocurrencia casi inevitable, de la formación artística y sentimental de los escritores de esta parte de América». ¿Qué opina de esta afirmación? ¿Podría hablarnos un poco más acerca de la relación entre los motivos que la llevan a irse para Europa y sus aspiraciones artísticas y literarias?

Ese “viaje iniciático” o “rito de paso”, que Ud. dice que menciona Roberto Burgos Cantor, “como una prueba de formación para aquel que aspirara a ser escritor” (¿escritora también estaría incluido en ese abecedario formativo?) “fundamental, por su ocurrencia casi inevitable...” y sigue un largo etc. me temo que no encaja, mi estimado Juan Carlos, en mi vida de pate’perro. Nada más lejano a lo que Burgos Cantor relaciona con una “fuga a Europa”, como seguramente fuera aquella que emprendieron escritores latinoamericanos en embrión. No dudo que para ellos (los de mi generación, según Ud. mismo anota) fuera parte del propósito. O ritual. O peregrinación. Incluida esa “educación sentimental”, que según veo está en la lista de requisitos. Y le resumo esa pregunta, copiándome a mí misma (una entrevista en el 2002 a mi llegada a Bogotá, después de 20 años de esa mi “fuga”, de esta “Patria de miseria”, como decía Gabo). Pregunta:

¿Usted *por qué se fue a Europa*? Respuesta: ¡Porque tenía alas...! Segunda pregunta: ¿*Y entonces, por qué volvió*? Respuesta: ¡Pues por lo mismo...!

Mis “aspiraciones artísticas” en el momento de emprender el viaje de mi vida, en un barco italiano, por más señas, no contemplaban otra cosa que un pretexto mondo y lirondo para bajarle aquel volumen a una escapada súbita y dejar atrás ese montón de chismes provincianos: según decían las malas lenguas, yo era (y por supuesto, sigo siendo) “además de irreverente y muy excéntrica muchacha pereirana, una salida de rosca”. O sea, fuera del molde. Mi afición por esa Historia, con mayúscula, fue ese trampolín. La del Arte. La de los pueblos. La Historia de la infamia. La Historia de mi vida. Porque, ¡qué más iba a buscar una joven informal, que acaparaba todo a bocanadas! Y en respiro profundo, le confieso. Nada era suficiente: El aire, aquel mar del Caribe, el árbol de guayaba, las tarascas chismosas, los ángeles, las serenatas de pretendientes engominados y de familias rancias, nada: repito, llenaba ese vacío lleno de preguntas. O a lo mejor eran respuestas, a mi manera de verlas hoy. La aspiración real, no estaba en la premisa que usted enuncia. Y yo comprendo el requisito que abarca el salto que mi generación quiso enmarcar como un “capítulo fundamental” en esa época. Nada que ver con mis aspiraciones del momento. Así que aquella “prueba”, o “rito de formación”: tan requerido en ese tiempo, para cumplir así con la tarea insigne de ser un escritor latinoamericano y consagrar esas banderas en tierras europeas: me temo, francamente, no cabe en mi mochila. Mi memoria, o más bien sería decir: esa bitácora de viaje que he ido consignando en páginas escritas al azar, un día le contarán con más detalle esa mi entrada en esos laberintos.

Jamás pensé que yo me iba a Europa a “ser una escritora”. Punto.

2) *Rafael Humberto Moreno-Durán fue un escritor que se preocupó mucho por definir el momento de la tradición literaria en el que se inscribía su obra. Muestras de ello se pueden advertir en textos como el «Capítulo catalán» (1985), Denominación de origen. Momentos de la literatura colombiana (1998), o en aquel otro fragmento de la Augusta Sílabas denominado «La tentación lírica» (s.f); de hecho, en 1994 R.H. prepara un dossier para la revista Quimera sobre la narrativa colombiana contemporánea, al cual —a tenor del peregrinaje como característica— titula «Una generación trashumante». Primero que todo, ¿Está de acuerdo en que escritores y escritoras como usted, Fanny Buitrago, Óscar Collazos, Luis Fayad, Fernando Cruz Konfly, Roberto Burgos Cantor, Marvel Moreno, Gustavo Álvarez Gardeazábal, Carlos Perozzo, Andrés Caicedo, y Ramón Illián Bacca, entre otros, se puedan llegar a considerar y a estudiar como*

una generación? Por otra parte, además de la trashumancia, ¿qué otra característica cree que podría llegar a unificarlos como generación?

Esa “generación trashumante” de la que habla Moreno Durán, es muy posible que haya existido como grupo, desde la perspectiva de alguien que está tratando de colocar a una serie de escritores y escritoras de una generación más o menos afín a fecha de nacimiento, en la misma canasta, digo yo. Según con el cristal con que se mire. Para serle muy franca, no encuentro resonancia en el enfoque. Que fuimos gente que salimos del territorio colombiano en épocas llamadas de “Violencia” -no todos, por supuesto- eso lo aclara el almanaque. Fuera de Marvel Luz Moreno, Juan Gustavo Cobo Borda y de Héctor Sánchez, no tuve cercanía con ninguno de ellos. Ni antes, ni después. El encuentro con Moreno Durán, fue un encuentro bastante casual, que él mismo auspició: en un día de mi cumpleaños. En Barcelona. Supe luego que él había escrito sobre ese famoso “Capítulo catalán” y me incluye como “la única flor” en ese grupo tan selecto. Y le repito: no deja de sorprenderme, puesto que a ninguno de los inscritos en “el capítulo catalán” (fuera de H. Sánchez y Moreno Durán) tuve el placer de conocer, en persona.

3) Ahora, esta denominación que hace Moreno-Durán se inscribe dentro de una tentativa general. De hecho, el mismo R.H. dirá que «el asunto es tan arduo que incluso llama la atención el superávit de denominaciones que se le ha dado a ese grupo de escritores» (33). Dentro de estas denominaciones menciona la de Juan Gustavo Cobo Borda y Darío Jaramillo, quienes «divulgaron el apelativo “Generación sin nombre”, sugerido por el poeta catalán Jaime Ferrán», el apelativo de “Generación Desencantada” lo habrán sugerido los poetas María Mercedes Carranza y Harold Alvarado Tenorio; el de “Generación del Bloqueo y del Estado de Sitio”, el crítico Isaías Peña; y el de “Generación del setenta” el escritor Gustavo Álvarez Gardeazábal junto con el político Alberto Santofimio. ¿Qué opinión tiene de estos apelativos y, en últimas, cuál cree que sería el más adecuado o con cuál se sentiría más identificada en el propósito de reconstruir y estudiar la obra de los escritores de su generación?

A mi entender, luego de las enumeraciones y títulos de esa llamada “Generación sin nombre”, “Generación del estado de sitio”, “Generación desencantada” y faltan datos de varios municipios... le añadiría una, que veo que se ha pasado totalmente por alto. Al menos para mí. Me considero de otra generación: o de “otra especie de rara avis”, si usted quiere. Y es obvio que hoy en día, ese túnel oscuro y falto a veces del oxígeno que exigen tales travesías (cuando una es la que se arriesga a recorrerlo) ya viene siendo examinado con un cristal de otro

color. No deja sin embargo de existir, desde mi perspectiva personal. Aunque aparentemente continúa siendo invisible para muchos, según veo. Mi generación, amigo Juan Carlos. Esa de las mujeres escritoras de los años que me corresponden, como ciudadana del mundo latinoamericano, ha sido simplemente la “Generación Ignorada”. Con mayúscula, sí. Y la prueba fehaciente se puede “descubrir” en todos los anales. En los de la Academia y en aquellos de la memoria colectiva. Me consta. Soy testiga y soy parte del suceso. Y por supuesto, no me he dejado encasillar en ninguno de esos cuadros, tan resonantes y atractivos para una perspectiva del “futuro”.

Lo vimos hace poco, en la “Revista Arcadia”: cuando “nombró” a aquellas escritoras que según ellos (y su grupo de entendidos en materia) habían sobresalido en el siglo XX y comienzos del XXI. Me imagino que usted mismo se sorprendió con esa lista. Por eso de pertenecer a la generación de los “milenials”, me imagino. No lo culpo. Como tampoco me extrañó que los lectores del momento, desconocían totalmente a la gran mayoría de mujeres que la revista señalaba. Eran de España y América Latina. Eran las “ignoradas”, muchas de ellas. María Luisa Bombal. Yolanda Oreamuno. Dulce María Loinaz. Carmen Lyra. Elena Garro, por ejemplo. Un arquetipo insuperable: batió el récord. Y como dicen por ahí: “era de cajón”. Ya superado ese vetusto siglo XX, tan “problemático y febril”, según lo canta el tango, obligatoriamente había que hacer memoria. Y nos tocó ese turno a las mujeres escritoras. Que ahora sí abanderan la lucha por su causa. La Raza Femenina lucha por su especie y su sobrevivencia. “ME-TOO” fastidia a muchos, lo sabemos. Pero ni modo. Esa es la vida.

“Una de cal. Y otra de arena”.

4) En la introducción de este dossier, Moreno-Durán comienza diciendo que «si la sombra de un ciprés es alargada, la de García Márquez es esférica, densa, profunda y abarcadora. Para la narrativa colombiana ha puesto un doble efecto de freno y estímulo, de parálisis y mimetismo, un antes y un después» (31). ¿Qué opinión tiene acerca de esto que dice R.H.?

Muy pintoresca la referencia a la forma alargada del ciprés, en realidad. En cuanto a lo que produjo en casi dos generaciones la literatura de Gabriel García Márquez, como fenómeno con efecto de “freno, parálisis y mimetismo” e innumerables variantes de ese “antes y un después”, que me tocó en cuerpo y alma cruzar como escritora, sin chistar, o rezongar, sin tan siquiera darme por vencida muy a pesar de esas señales en los cielos de todo el territorio, y del resto del mundo: pues todo hay que decirlo. En cuestión literaria, él, fue el fenómeno del siglo. Ese cometa apabullante que borra las estrellas de todo el firmamento, como el cometa Halley, cruzó y adiós paloma. Quedamos en los rines. Cuando

un cometa de esa envergadura ocupa el firmamento de este globo terráqueo en que vivimos los mortales, incluyendo los reinos vegetal, animal y haditas de por medio, no hay nada más que hacer. O sea: ¡apagá y vámonos! ¡O qué!

5) *¿Podría contarnos cómo vivió el propósito de ser escritora ante la existencia de tan vasta sombra y cuál cree que fue la sensación general de los escritores de su generación ante la figura de Gabriel García Márquez?*

Ante la existencia de “tan vasta sombra”, ese que Ud. llama “mi propósito”: que en realidad, reitero, era más una búsqueda en el camino de la vida que una especie de designio que había que cumplir a rajatabla: no me hizo fruncir. ¡Ni más faltaba! Seguí cantando mis rancheras, canciones de protesta en bares pueblerinos o en restaurantes de lujo en capitales europeas, (en las calles se dijo que cantaba, o en las puertas del Metro). Tampoco es cierto. Fue en Cadaqués, ese episodio, en realidad. Me divertía, a veces, en la placita del pueblo, cantarle al aire, a las gaviotas, al mar Mediterráneo y de paso a la gente, que me tiraba sus monedas de los balcones y me aplaudían a rabiar. ¡Eso era muy bacano! Igual que continuar con la escritura. En intermedios de mañanas, en tardes de la bravía tramontana, yo seguía tecleando. Imaginando mis historias. Sin parpadear siquiera ante ese resplandor que ese cometa disparaba por todos los costados. En cuanto a “mi generación” y su respuesta, ni idea: francamente.

6) *Dentro de esta «Generación Trashumante» habría otra generación a la que R.H. llamó el «Capítulo catalán» que alude específicamente a los escritores colombianos que no sólo vivieron en Barcelona, sino que publicaron allí. R.H. identifica sus libros Dos veces Alicia (1972) y Misiá Señora como parte del canon de este momento denominado «Capítulo catalán». ¿Qué opinión le merece lo que dice en este sentido R.H.?*

Ya creo que comentamos sobre el famoso “capítulo catalán” donde Moreno Durán me consagró como “la única flor” en el florero agosto de los creadores jóvenes del momento en cuestión. Si él menciona a “Dos veces Alicia” y a “Misiá Señora”, es porque obviamente en esos años salieron mis novelas. Carlos Barral las editó, en dos editoriales de distinto sello. Y me imagino, según veo, que las leyó. Si en su imaginación las añadió a ese Canon tan selecto, pues cada cual tiene sus gustos.

7) *Además del lugar de publicación, ¿cree que se puede hablar de algunas características comunes entre estos libros suyos y libros como Crónica de tiempo muerto y Jóvenes Pobres Amantes de Óscar Collazos; Hasta el sol de los venados, de Carlos Perozzo; Sin nada entre las manos y Entre*

Ruinas, de Héctor Sánchez; Las ciento veinte jornadas de Bouvard y Pecuchet, de Ricardo Cano Gaviria; Femina Suite, Metropolitanas, y Los felinos del canciller, de Moreno-Durán?

Entre los libros de ese listado confieso que he leído solo dos. O uno y medio, si soy franca. “Hasta el sol de los venados” de Carlos Perozzo: que me prestó un amigo en ese tiempo y que me pareció una novela muy bien estructurada: reflejo de una lucha de la época. Y el otro (que luego de un trayecto no muy largo, decidí mejor dejarlo para otro día: si era el caso) fue “Fémima suite” de Moreno Durán. En realidad, comprar libros escritos por varones, no estuvo en mi programa: en esas épocas. No daba mi bolsillo. Leía apartes de lo que en librerías se permitía. Me los prestaba alguien. O me los regalaban los famosos, pues en la casa del Gabo no faltaban. Así me hacía esa colección: con firmas rimbombantes y dibujos. No sé dónde andarán, con tanto andareguear por los caminos. En cuanto al otro género, o sea: el mío. Las mujeres. Aunque tuviese que empeñar la cafetera, me hacía a ellos de inmediato. Eran enormes. Fascinantes. La lista es infinita. ¡Inmarcesible! Y eso, era un alimento indispensable para el Ser desfásado, acibillado sin clemencia por francotiradores de opinión, que nos veían “como a unas cucarachas”, como decía Elena Poniatowska en una entrevista que le hice en esos tiempos de batallas, que no nos dieron tregua. De victorias internas. Y muy gratificantes, le aseguro.

8) *Cuando en la Feria del Libro en Bogotá hablamos sobre R.H. me comentó que le llamaba “el Menino” ¿podría contarnos cómo era la relación entre los escritores de su generación?*

Lo llamé el “menino” por aquello de “Las meninas”, obvio. Y como su nombre, para mí, era muy largo, pues lo simplifiqué. Eso fue todo. En la región donde nací no creo que en mi época hubiese nadie que se salvara de tener un apodo. Y pues, “lo que se hereda no se hurta”. Todavía le pongo sobrenombres hasta el gatico de la vecina.

La relación entre las escritoras de mi generación, como lo fueron Ana María Moix, Ana María Matute, Esther Tusquets (dueña de una casa editorial, además), entre otras muchas españolas, fue muy lejana. Salvo Ana María Moix, ninguna otra estuvo cerca. Anhelaba como nada, conocer a la Matute. Pero nunca se dio esa maravilla, lástima, sí. En cuanto a varones escritores, pululaban por todas las esquinas. En Cadaqués caían sin cesar, como una lluvia de meteoritos. Hacían fiestas a lo grande. Hablaban ese idioma de los ungidos por los dioses, seguidos por sus cortes, admiradoras a granel. En fin. Tampoco tuve el gran

honor de integrarme a esos círculos, pues eran algo así como el Brandy Soberano: “¡Cosa de Hombres...!”

Donde García Márquez y Mercedes Barcha fue otro cantar. Allí, se me alojaba como a una “Princesita del Guisante”, digo yo. Y desfilaban los Maestros del Ágora Ateniense. O sea: los escritores del momento más celebrado de la época: El BOOM, así llamado. Todos muy majos. Muy orondos. Amorosos a morir cuando llegaba con mi guitarra al hombro luego de mi cantar nocturno, en esos restaurantes que le digo. “¡Cántanos una ranchera, Albalú! Y allí me tiene. Cantando esa ranchera: casi el último cuplé, le confieso, pues llegaba hecha cisco del trajín. Fueron hermosos los encuentros. Con cada uno había un guiño diferente. El jazz con Julio, el “gran cronopio”. O también los vallenatos, que le cantaba solo a él. Con Pepe, garlar y más garlar en esa casa de Vallvidrera, o en su casona de campo, con Pilar, Pilarica y Pelegrín, acompañando tanta cháchara. Carlos, el sabio en los asuntos de política. Siempre galante como los mexicanos de a-de-veras. Puso mucho el oído a mis historias, que él se empeñó en sacarme con ganzúa. Mario, el niño de Miraflores: ¡deslúmbrense los cielos! La masa gris le daba para todo. Muy serio, muy peruano, ese hablado limeño que hacía “caer las medias a las señoras” (como diría Gloria Valencia de Castaño). Pasamos vacaciones, con Patricia y sus hijos, en casa de Pepe en Calaceite (Teruel) y allí me dieron baza, finalmente. Los quise mucho, a todos: por parejo. Y que no se quede fuera de este círculo, Álvaro Mutis: por supuesto. Ese que siempre me repetía, cuando yo le pedía una opinión (política, obviamente). “Mija, yo me quedé en las guerras bizantinas”. Y ahí se cerraba la discusión. Mejor oía jazz, con Julio, el que parecía ungido y coronado por la “región más transparente del aire”.

Bueno, y el Gabo y Meche con Rodrigo y Gonzalo, por supuesto. Por años y años fueron mi familia. “¡Vuelva pronto, Maestra!” “Aquí se la quiere y se la respeta mucho”, decían a coro, siempre que yo tenía que seguir mi andaregueo por el planeta.

La relación entre los escritores de mi generación, si llego al almendrón de su pregunta, o sea: si se refiere a los escritores colombianos, en mi caso personal fue más o menos invisible. O sea, intangible. O más precisamente: no existió. Aparte de una amistad con Juan Gustavo Borda, temprana y no constante, pues yo vivía en Europa, si hubo dos, o tres, con los que tuve una relación de escritor- escritora, pare de contar. Héctor Sánchez, fue un entrañable amigo, en Barcelona. Con Ricardo Cano Gaviria, viví en un día de verano, un viaje largo: inolvidable. Me pidió Gabo, en Barcelona, que lo acarreará en mi cochecito Mini (“Pierrot”, amarillo girasol), pues él

también iba a Madrid. Salimos casi al alba. Y por once horas, conversamos de esta vida y la otra, me imagino. No guardo en la memoria lo hablado. O silenciado. Sólo recuerdo a un ser muy luminoso. Enorme en su calibre de sapiente. Dejó una estela suave e imborrable. Jamás lo volví a ver. Para mi gran sorpresa, años después leí una reseña suya, sorprendente, sobre” Misiá Señora”. * Hasta el presente, ese texto crítico sigue siendo no solo acertado y sensible sobre mi escritura y lo femenino, sino de una profundidad que desafía el tiempo: estoy segura.

(* “Literatura y Diferencia”: que elaboraron Betty Osorio, Ángela Inés Robledo, María Mercedes Jaramillo, entre otras).

Albalucía Ángel M.

San Francisco (CUND) Diciembre 30-2020